

## UN GRAN RETO, UNA GRAN RESPONSABILIDAD

Nuestros encuentros de cada mes, en este periódico, buscan reflexionar temas de matrimonio, educación y familia que nos ayuden a vivir y realizar nuestras vidas de manera más eficiente y productiva, de acuerdo con la voluntad de Dios.

Algunas personas, reflexionando en estos temas, sienten miedo e incertidumbre al pensar en la posibilidad de tener hijos, pues no saben cómo ser padres y se sienten abrumados por esta maravillosa pero gran responsabilidad. Y es comprensible, pues un hijo es un don de Dios. Es una de las formas como Dios nos hace partícipes y cocreadores del mundo. Esa es la parte más retadora. No se trata solo de traer hijos al mundo, sino hacerlo con la rectitud de intención de poblar la tierra con familias que den gloria a Dios. Ahí radica el gran reto: al engendrar un hijo, tienes la responsabilidad de formarlo, educarlo de tal manera que llegue a contar con las herramientas para desarrollarse como ser integral, independiente, sabio y coherente, lo cual es y será una de las labores más hermosas, pero difíciles de todo padre de familia.

Difícil, porque queramos o no, tengamos intencionalidad o no, ya los estamos formando o “deformando” con nuestro ejemplo, con nuestra forma de vivir, actuar, hablar, de callar, etc. Los niños ven y los niños hacen.... Lo que te ven hacer lo copian, lo imitan, incluso sin entender el porqué, pues la influencia más directa y decisiva que tienen un hijo en su infancia son sus padres. Es en esos primeros años, desde la concepción hasta los 10 a 12 años cuando podemos inculcar en ellos, los hábitos y virtudes que regirán su comportamiento el resto de su vida.

Si alguno es bueno con los discursos, las grandes explicaciones o la cantaleta, de poco le servirá. Simplemente si quieres que tu hijo viva un hábito, o una virtud, lo único que debes hacer es practicarlo tú, incorporarlo a tu vida con serenidad, paz, alegría y listo. Vendrá el aprendizaje rápidamente, como por añadidura. Es decir, para ser buenos padres, lo primero es luchar por ser mejores personas, mejores esposos, mejores hijos de Dios. Así seremos maestros de vida.

En educación siempre va por delante el ejemplo, para bien o para mal. Así como se copian los hábitos, valores y virtudes, también se copian los malos hábitos y los vicios... Sin darnos cuenta podemos estar siendo maestros de vida, pero en camino de la infelicidad y el fracaso.

Pensemos cada uno en su propia vida sobre los ejemplos que estamos brindando a nuestros hijos en el día a día: ¿somos ordenados en los horarios, con nuestras rutinas, con nuestro espacio y pertenencias? O ¿llegamos tarde al trabajo, o nos retrasamos para salir, porque hemos olvidado algo, o porque estamos respondiendo mensajes de chat, o mirando videos?

¿Perdemos frecuentemente las útiles, las llaves, las gafas, el o la billetera? ¿o tenemos un lugar específico donde siempre las coloco?

¿Escucho con atención al que me habla? ¿O lo interrumpo con mis opiniones antes de que termine de hablar? ¿Critico, o juzgo a aquel que me cuenta o me comparte una situación? ¿Trato de comprender las vivencias y sentimientos de otro cuando me cuenta algo?

¿Participo en la realización de las labores de la casa? ¿O espero que me sirvan, me hagan todo, me atiendan y me consientan, por que considero que para eso están los demás? ¿Estoy atento a las

necesidades de los demás? ¿soy generoso con mi tiempo? ¿Hablo siempre con la verdad, o agrego apreciaciones, adjetivos que dan relevancia a mis palabras, pero que no son reales?

¿Me enojo cuando tengo hambre y no está lista la comida? ¿Me es fácil esperar un poco para comer? ¿Cedo fácilmente en mi preferencia de programa de televisión para ver? ¿o frecuentemente se forma un conflicto por mi insistencia en el uso de la TV?

Estas preguntas sobre situaciones diarias dejan ver tras ellas la vivencia de virtudes o de sus opuestos, como orden, puntualidad, empatía, paciencia, templanza, respeto, tolerancia, fortaleza, generosidad, veracidad. Podemos pensar en muchas otras más sobre la fe, la fidelidad, la esperanza, la confianza, etc.

Sabemos que las virtudes se forjan por la repetición de hábitos operativos buenos. Y el hábito es una conducta que se repite en el tiempo de manera sistemática, de tal forma que se interiorice de manera natural y se vuelvan actitudes espontáneas. Esa forma de comportarnos de manera natural ante las vicisitudes de la vida va creando una cultura familiar que nos identifica y nos hace única.

Es por esto, que el diálogo entre los padres es muy importante para estar de acuerdo en cuáles son esas virtudes que queremos forjar en nuestros hijos. ¿Cuál es esa cultura familiar que vivimos y con la que nos identificamos? ¿Somos una familia de fe? ¿somos una familia de gritos? ¿Somos una familia generosa? ¿somos una familia cansada? ¿somos una familia tranquila?

Como pareja, debemos estar en continua comunicación y conocimiento sobre el crecimiento de los hijos. Buscar formas de propiciar la práctica de conductas y hábitos de acuerdo con las necesidades y edades de cada uno. Estar de acuerdo en el seguimiento y la exigencia que van a tener sobre los hijos. Y como dijimos al comienzo, trabajar los padres primero, en su propia vida, la práctica de esos mismos hábitos y virtudes que quieren sembrar en sus hijos. La cultura familiar se contagiará como nos contagiamos del virus del COVID: está en el ambiente, vives entre ella y sin que te des cuenta cómo o en qué momento: se te pega.

Por ahora les dejo 2 tareas: la primera: decidir en pareja, o en familia (dependiendo de la edad de los hijos) ¿cuáles son las 3 virtudes que consideran más importantes con las que quieren que sus hijos crezcan? Y la segunda: ¿cómo padres están siendo ejemplo de esas virtudes?

Los esperamos los próximos meses, donde expondremos formas prácticas de vivir algunas de las virtudes. Si desean escríbanme a mi correo la lista de las virtudes sobre las que les gustaría que profundicemos. Estaré atenta a sus mensajes. [proyectos.mac@gmail.com](mailto:proyectos.mac@gmail.com)